

Encuentro dominical IV-Oración y palabra

Padre Pedro José Ynaraja

Vuelvo a recalcar que lo que ansía el hombre desde lo más profundo de sí mismo es el encuentro trascendente. Muchos lo concebimos como hallazgo entre amigos, o al menos como entrevista con quien, pese a ser superior, nos puede entender y tal vez ayudar. La ausencia de una total esperanza sumerge al hombre en espesa niebla que le desanima. El goce sin finalidad, como mera situación placentera, a la larga empalaga. La oración, nunca.

Una iglesia no es exclusivamente un recinto de serena meditación. Pero la debe facilitar. Cuando voy de viaje y visito catedrales o basílicas, estudio sus estructuras arquitectónicas y las imágenes, pero no olvido nunca buscar el rincón que alberga al Sagrario, allí donde en cualquier momento, más que preciosas esculturas, ve uno personas entregadas a la oración. Por mucha prisa que tenga, no dejo de detenerme unos momentos. Me he referido en muchas ocasiones a Taizé, por ser lugar emblemático, pero añado ahora que donde me encuentro mejor, cuando paso por la sugestiva población, es en la "pequeña iglesia románica". Lo mismo digo de Lourdes. La iglesia subterránea siempre me causa gran admiración, pero acercarme por la noche a la "gruta", sentarme en el suelo en el lugar que la tradición dice estaba Bernardita y dejarme mecer espiritualmente bajo el amparo de la Virgen, nunca lo olvido. Me impresiona también cuando voy a Belén y, si hay tiempo, nos acercamos a la "gruta de la leche", recordar las leyendas que conserva, la piedad de tantas mujeres, cristianas y musulmanas, que allí solicitan de Santa María fecundidad y poder amamantar a su criatura. Sí, se deja uno llevar por sentimientos folclóricos, hasta que topa con un recinto silencioso donde en todo momento esta alguna monja adorando en presencia de Jesús-Eucaristía. No hay nada espectacular que ver, lo importante se descubre con la mirada interior y el recinto y las personas meditando la facilitan.

Una de las fórmulas de introducción a la misa, dice: "el Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora..." Reflexiona uno contemplando la mesa-altar, pero, de inmediato, se pregunta ¿Dónde está la otra mesa?. Hay que reconocer que, pese a que los textos litúrgicos hablan del ambón como de un lugar, en muchos casos, lo que ve uno, es un simple atril, de más o menos acertada factura. Tal es su forma que, en determinadas ocasiones, lo he visto utilizar para sostener la partitura musical del director de una coral, que ofrece un concierto.

Se le planteó la cuestión de la ausencia de un digno ambón, al ceremoniero de la basílica de San Pedro, en el Vaticano y, para sorpresa mía, explicó que el edificio se había edificado como monumento de homenaje al Apóstol y que, una vez acabado, se vio la posibilidad de que fuera lugar de celebración de la misa. Fue

fácil hacer la correspondiente mesa-eucarística, dotada de su baldaquín, que las rúbricas de aquellos tiempos exigían, pero no se supo o no se quiso, diseñar un digno lugar para la proclamación de la Palabra. Porque, pese al vocabulario usual, se trata de un espacio de proclamación, no de simple recitación de un texto. Este ministerio, es decir, servicio sagrado, no requiere ordenación y nada impide que lo ejerza una mujer, realzando así su dignidad cristiana. Sobre este tema, el de la "Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia" ha publicado el Papa una maravillosa exhortación pastoral a la que me dedicaré la próxima semana.